

Jaime Mercader es un pintor de paisaje, no un paisajista. Quizá mejor diríamos un estructurador de la naturaleza estática.

Con Jaime Mercader podemos plantearnos el problema de los pintores paralélicos. Más que un problema un panorama visible en la actual geografía artística de nuestra península. Cuatro fuerzas que pintan el paisaje, no en «paisajismo», sino en «paisaje», con su todo esencial — los «ismos» han perdido ya su vitalidad histórica, y su crédito como engranje de una evolución. Ahí quedan, es verdad, pero sin prolongación posible—.

Estas fuerzas de las que hablamos son: Zabaleta en Andalucía ciñendonos—en Quesada (Jaén)— Ortega Muñoz en Extremadura, Benjamín Palencia en Castilla y Jaime Mercader en Cataluña — sin olvidar a Sunyer, muerto hace poco tiempo. Hablábamos ya de esto en nuestro artículo sobre la exposición de Zabaleta en Syra. Pese a ello queremos insistir en el hecho, ya que al mismo ha venido a sumarse una cuarta fuerza, que en aquellas notas permaneció al margen de la especulación que iniciamos en el sentido de «pintores paralélicos».

Estos cuatro artistas en su diferenciación forman un bloque característico y homogéneo. En ellos concurre con toda pureza la fuerza esencial del paisaje, son, como ya hemos dicho al principio de «Mercader estructuradores de la naturaleza estática».

Su función en el arte de la península, su valor apreciable, es el de haberse mantenido en completa libertad, entre los valores formales de la Academia, y los actuales de las corrientes de la «no figuración» y la estética «otra». Pintando al margen de ellos han sabido crearse una aureola de «imparcialidad» que nunca, no lo dudemos, ha sido beneficiosa para el arte; aunque ha constituido un alto, en el que era posible recuperar fuerzas a aquellos que despiegan banderas a la vanguardia del formular estético.

Unos sectores determinados de nuestra sociedad ha apreciado en lo que se merecía esta «imparcialidad», al margen de todo gesto estentóreo, que no tuviera una base clásica, en la que descansar en este lento y quejumbroso caminar hacia la agonía del concepto estético, fuera este ya de toda formulación de vitalidad presente. Esto en lo que determinados sectores de aquella han querido representar con dichos artistas, o mejor dicho han querido representarse. A los mismos les vemos más o menos al margen de esta maniobra, aunque en un grado diferente, en el que merece hagamos hincapié.

Benjamín Palencia cada día le vemos más ceñido a la «maniobra». Su pintura se hace más y más disgregativa, y va perdiendo lentamente la fuerza, en un desvanecerse y anularse lastimoso. Casi ya no hay en él un pintor de paisaje, casi vemos en su pintura la subordinación total, al estrato que le ha llevado como bandera a unas posiciones, a las que cada día se sujeta más fuertemente.

Ortega Muñoz, con una austeridad, muchas veces, patrimonio de los indiferentes por todo y ante todo, trabaja de una forma sorda, alejado de este hecho social de que hemos hablado, el cual le busca constantemente para hacerle caer en sus redes tal y como ha caído Palencia, forzándole, como a éste, a renunciar al espíritu de libertad individual, que se convierte muchas veces en

un libertinaje artístico. Ortega Muñoz a todo ello calla y pinta, y para mayor seguridad casi no expone — sus últimas obras que recordamos son las de la Bienal del 54— Sus sienas, sus grises y sus negros están allí yertos y fríos, pero tremendamente reales, en su Extremadura que guarda el secreto de su paisaje, de la que Ortega Muñoz es su más celoso guardián. Este artista pués ignora la «maniobra» y no hace en su credo estético concesiones de ninguna especie.

Rafael Zabaleta, el andaluz. Casi la respuesta plástica a la famosa «Teoría de Andalucía» de Ortega. No vamos a decir de él prácticamente nada ya que hablamos suficientemente en la crónica que le dedicamos. Solo aclarar que ahora ya incorporado Mercader en «los pintores paralélicos» le continuamos dando la primacía delante de todos ellos. Es todo un problema de raza, un estrato intenso de nuestros orígenes el que vitaliza su pintura. Ni que decir tiene que Zabaleta reconocido oficialmente, se mueve dentro de esta sociedad con libertad absoluta. Hace su juego, y con él demuestra un acatamiento a la «maniobra», falso a todas luces, conocida de antemano su postura real.

Hemos dejado para el final a Jaime Mercader para poder dedicarle un más extenso comentario, ya que él ha sido quién ha originado todas las consideraciones que llevamos hechas. Mercader pinta la naturaleza admirada, generosa y abierta. Su colorido sobrio, sus obras parecen a veces carnaciones vitales— nos llevan a considerar el paisaje desde el punto de vista subjetivo, pero no «subjetivando lo objetivo» como hacían los expresionistas, sino esencializando, valorando la naturaleza, en lo que ésta pueda tener de valoración formal y continuativa, al margen de una interpretación «más real» en su fuerza emotiva, cual era el intento de los expresionistas— recordamos a Van Goch—.

Mercader nos da una versión razonada del paisaje. Que no es un hombre apasionado salta a la vista. Que es un temperamento ordenador es indudable. Que su raíz es clásica, de buena ley, nadie puede negarlo. Llegamos ya al momento de ver en que forma se halla el artista envuelto en la «maniobra» de que venimos hablando. Mercader se ha dejado llevar, no ha ofrecido resistencia alguna, ya que siempre ha sido esta una entrega «al margen de sí mismo».

No ha habido necesidad de envolverle, ya que no es un temperamento indomable como lo son Zabaleta y Ortega Muñoz. Tiene sus puntos de contacto con Palencia, pero éste renunció, mientras que Mercader no ha tenido que renunciar porque es así desde siempre — desde su «siempre» se sobreentiende —. En resumen Mercader se solidariza con la maniobra sin entusiasmos, pero tampoco por la fuerza. Lo hace porque sí, y precisamente la «maniobra» quiere artistas que «sean así», sin emergencia, silenciosos. Como ya hemos dicho no es un hombre apasionado y con ello creemos que queda suficientemente explicada su postura. En Mercader no hay prácticamente ningún problema, y así, repetimos, una entrega fácil e inconsciente a la «maniobra», este frente adverso con el que choca nuestro arte de vanguardia, motor del tiempo y del andar telúrico del hombre hacia sus consecuencias.

LUIS BOSCH C.